

Tú, yo y el ALZHEIMER

Érase una vez una enfermedad que no entendía de fronteras.
Tú , yo y el ALZHEIMER.
Perdón, tú, querida bisabuela, yo, pobre de mí y esta maldita enfermedad.

Cuando yo llegué a este mundo ya estabas tú, eras la bisabuela que a todo el mundo le hubiera gustado tener.
Por suerte, me tocó a mí tenerte aunque no pude disfrutar mucho de ti porque ya eras muy mayor. “MamieJeanne”, como solía llamarte, eras una bisabuelita de cuentos de hadas. Siempre que te veía, te imaginaba con dos alas en tu espalda. Sé que siempre estabas sentada en tu sillón gris y amarillo, pero tenía la sensación de que te ibas a volar con tus amigas de la residencia. Será porque la señora que estaba a tu lado, me llevaba de vez en cuando a una salita aparte, y siempre y siempre, y siempre y siempre se ponía a contarme como “viajabas” por aquellos caminos largos en la residencia, esos pasillos, que a mí me parecían infinitamente largos.

Esta amiga de viaje tuya, siempre repetía la misma historia.

Yo disfruté de ti al máximo (eso creo) aunque teníamos que hacer eternas horas de coche para ir a verte ya que vivías en otro país.

Esta enfermedad no entiende de fronteras...

Mis padres no me querían decir que estabas afectada por esta enfermedad del olvido, pero lo adiviné fácilmente ya que cuando iba a verte me decías que ya había venido el día anterior a darte un ramo de flores cuando en realidad yo estaba en mi casa en España, pero yo me lo callaba. Cuando iba a verte siempre me regalabas algo a escondidas, aunque solían ser chuches. Me acuerdo la primera vez que me diste un chicle (de allí que me gusten tanto)...Me acordaré el resto de mi vida que este chicle me supo a gloria y la sonrisa que se dibujó en tu cara cuando me viste

masticar esta goma que realmente me parecía asquerosa...y no a gloria...pero me lo callé...disfruté un montón de este momento.

A mis padres les regalabas ropa, bueno era para mí realmente; me sigo acordando de esas zapatillas que me duraron un día porque al cambiármelas desaparecieron, o eso creía hasta ahora, porque en realidad fueron mis padres que me las escondieron ya que no me las quitaba ni para dormir, pero lo gracioso es que hace un año las encontré en un cajón super escondidas entre zapatos viejos. Cuando mis padres me vieron con esas zapatillas lo confesaron todo. Ahora, solo hay un problema : ya no me caben.

En la entrada de la residencia donde vivías, había una anciana que para mí era una bruja que siempre me seguía. Nada más llegar le daba un gran abrazo a mi bisabuela para que se alejase esa “bruja”; entonces me daba una chuche y dejaba de llorar, la verdad es que no sé de dónde sacaba tantas chuches.

Mi abuela siempre venía con nosotros a ver a su madre. Firmaba muchos papeles. En realidad no sé qué firmaba. Pensaba que era para que mi bisabuela saliera de la residencia, que yo la llamaba “la choza de la bruja” pero me di cuenta después que lo que firmaba eran papeles para pagar la estancia de “MamieJeanne”...No podía volver a su casa porque la enfermedad era ya muy avanzada. Maldito Alzheimer.

Hubo otra etapa muy triste para mí y para toda mi familia también. Fue la muerte de mi abuela es decir su hija. Mi madre decidió no decírselo y eso hicieron. Como a mis abuelos franceses les encantaba viajar entonces cada vez que mi madre iba a visitar a su abuela, mi bisabuela, le decía que su hija se había ido a China, a Nigeria etc. Y mi bisabuela se lo creía...Fue cuando empecé a comprender que a veces las mentiras no eran tan mentiras.

Muchas veces nos traíamos comida para comer con ella y recordarle familiares que han hecho grandes hazañas, familiares que han nacido...

Cuando nació mi hermana, bueno cuando le anunciamos que iba a ser bisabuela por segunda vez, rompió a llorar como un bebé, así que no os imagináis cómo se puso cuando se la presentamos.

Ella, es decir mi bisabuela, nunca llegó a ser consciente de que tenía Alzheimer pero bueno nosotros tampoco queríamos decírselo para que no se preocupase ni nada de eso, aunque cada vez que íbamos a visitarla los que estaban con ella, nos decían que le quedaba menos tiempo de vida entonces mi madre se echaba a llorar pero ella no sabía que era por eso.

Mi tío nunca iba a verla porque él decía que tenía mucho trabajo y no podía pero todas las noches, cuando me iba a la cama, escuchaba a mi madre y a mi tío discutir. Yo creo que mi bisabuela había dejado de ser cariñosa con él y eso a él no le gustaba, le dolía.

Antes de que ella tuviera el Alzheimer íbamos a su casa a comer, aunque tengo que admitir que su casa daba mucho, mucho, muchísimo miedo ya que había telarañas por todas partes y que la puerta cada vez que se abría sonaba muy desagradable y había muchas sombras; pero solo el hecho de estar con mi bisabuela perdonaba todos los desperfectos de la casa.

También me acuerdo de las canciones que me enseñó como la del alfabeto francés, la de que vienen los reyes magos (en francés claro) y muchas más o de esos abrazos infinitos que me encantaban pero lo que más más más más me gustaba era sus besos que se te quedaban pegados en la frente, de las cosas que mas me gustaban y mejor recuerdo de ella.

Pero cuando le llegó el Alzheimer todo cambió porque ella no podía estar sola en la casa ya que sino se perdía o se caía, entonces decidimos llevarla a una residencia. El problema es que las visitas eran limitadas y no podía salir de allí.

Luego pasó por la etapa de la silla de ruedas que para ella era lo más incómodo de todo.

Ella era muy amigable y le gustaba jugar a las cartas porque aunque tuviera el Alzheimer se seguía acordando de algunos juegos, entonces no tardó en hacerse muchas amigas. Creo que conocía a todo el mundo de la residencia. Creo que hasta llegó a

tener un novio pero eso nadie lo sabe con claridad...quizás me lo esté inventando.



Tu, yo y el Alzheimer.

Tu, querida bisabuela, yo, pobre de mí y el Alzheimer.

Un abrazo desde aquí, desde la tierra hasta el cielo...

Esta enfermedad no entiende de fronteras.